

go, el primer nombre fatal de esta terrible guerra! En los campos, en las aldeas, el furor guerrero había llegado á la hipérbole. «El bruto, añade el mencionado escritor, se despertaba en el hombre, porque el mal principal de la guerra no es la muerte en sus formas más horribles, no es la devastación de las ciudades, el empobrecimiento de las naciones, el hambre, la peste, sino el mal moral, y la guerra es la concentración de todos los crímenes humanos. Hace del hombre una fiera. ¿No se iba á ver, en efecto, el terror de los ánimos engendrar pronto la barbarie en los actos? ¿No se vió á un diputado del centro izquierdo amenazado de muerte en su provincia, porque discutiera, con moderación en verdad, los últimos actos del Imperio? ¿No se vió, más horrible que eso, en Hautefaye del Dordoña, á un desgraciado joven, el señor de Moneys, quemado vivo porque varios aldeanos, turba horrible, le acusaban de haber gritado «¡Abajo el Emperador!» Pasaba esto en Agosto, á la luz del sol, en pleno día de feria, ante millares de personas. Atropellaron á aquel hombre, y medio muerto á puntapiés, á palos y pedradas, lo echaron en un montón de haces de leña y en seguida prendieron fuego á la improvisada pira. Los aldeanos saltaban en derredor de la hoguera gritando: «¡Viva el Emperador!» Hubo uno que encendió el cigarro con un tizón cogido de encima del cadáver del señor de Moneys. Otro lo señalaba diciendo: «Mirad qué bien asadito se pone.» Y, por último, un tal Besse, viendo inflamada la grasa que iba cayendo de la víctima, sólo manifestaba un pesar, el de que se perdiese aquella grasa. Este crimen es una señal del tiempo; al lado de las páginas dolorosas de 1870 y 1871, explica y completa estos desastres de Francia, la cual, sin duda, odiará en adelante más que hasta aquí, la brutalidad, la ignorancia y demás azotes que la han llevado al borde del abismo. Y si no ¡ay de ella! perecerá, desapareciendo como otros pueblos de la tierra, para ir á confundirse, cual despojos inútiles, con otras razas que se hallaron en su mismo caso. De todos modos cumple decir que, si bien ese crimen fué perpetrado durante la invasión prusiana, que absorbía toda la atención de los franceses, en el pecho de éstos encontró doloroso eco, si bien que fugaz.

El general Mac-Mahón, que mandaba el primer cuerpo de ejército, se hallaba en Estrasburgo; el general Frossard, con el segundo cuerpo, en Saind-Avoid; Bazaine, con el tercero, en Metz; Ladmirault, con el cuarto, en Thionville; Faily, con el quinto, en Bitche; Canrobert, con el sexto, en

Chalons; Félix Douay organizaba el séptimo en Belfort; el general Bourbaki, con el octavo cuerpo, ó sea la Guardia imperial, estaba unas veces en Metz, otras en Boulay. Mas estos ocho cuerpos de ejército, incompletos y mal administrados, no tenían comparación con el formidable ejército alemán. La Confederación del Norte, sola, ponía en pie de guerra trescientos ochenta batallones de infantería, trescientos escuadrones de caballería, doscientas baterías con mil doscientos cañones, trece batallones de ingenieros, trece de transportes, formando un total de quinientos cincuenta mil hombres, sin contar la reserva de unos ciento ochenta mil hombres, ni los doscientos mil de la landwehr ó segunda reserva. El ejército de Baviera proporcionaba ciento diez mil soldados; el wurtemburgués treinta y seis mil setecientos, y el badense treinta y seis mil seiscientos. Todas esas fuerzas considerables fueron al principio agrupadas en tres ejércitos, mandados, el primero por el anciano general Steinmetz; el segundo por el príncipe Federico Carlos, y el tercero por el príncipe heredero de Prusia. Otro ejército, destinado á proteger las costas, por cuanto la Armada francesa se preparaba en Cherburgo para atacar por el Báltico, fué puesto á las órdenes del duque de Meclemburgo-Schwerin; pero no había de tardar también en invadir la Francia.

Mientras que los generales franceses iban á campaña con grande aparato de coches, equipajes, cestas de botellas de vinos y licores, etc., tal como hacían los generales del tiempo de Luis XV, sus adversarios, los alemanes, se presentaban como matemáticos sesudos, calculistas inflexibles, pacientes y fuertes guerreros. El barón de Moltke, estratégico frío, de golpe de vista de geometra, antes pensador que soldado; el príncipe Federico Carlos, soldado implacable y furioso; el anciano Steinmetz, vencedor de Nachod y Skalitz, soldado de Waterloo; Manteuffel, que, pasando el Eider y el Elba, había comenzado la campaña contra el Hannover, aliado del Austria; Werder, rígido y siniestro, futuro bombardeador de Estrasburgo; todos fuertes y alentados por su odio al extranjero insolente que desafiaba á su patria, fuertes sobre todo, con la administración y organización militar, que les permitía lanzar cuerpos de ejército como al vapor, llevar en vagón los guerreros al campo de batalla y con el mismo tren transportar los heridos del campo al hospital. Representaban, en fin, la paciencia, la sangre fría, el número, contra la calentura, la ansiedad, el desorden. Comenzaron las

hostilidades el día 26 de Julio con una escaramuza en que tomaron parte el conde Zoppelin, del E. M. wurtemburgués, seguido de tres oficiales de dragones badenses y algunos soldados de á caballo. Habían adelantado más allá de Sultz, por Lantemburgo, y fueron sorprendidos por un fuerte destacamento francés y muertos ó prisioneros, excepto Zoppelin, que pudo escapar llevándose las noticias adquiridas sobre las posiciones de las tropas francesas. Algunos días después tuvo lugar el encuentro de Sarrebruck, en que, como decía con exactitud el parte oficial prusiano, fué combate insignificante: «Berlín 3 de Agosto. Noticias oficiales. Ayer, á las diez de la mañana, el pequeño destacamento que se encontraba en Sarrebruck fué atacado por tres divisiones enemigas. La ciudad y la fortaleza fueron bombardeadas á medio día con veintitrés cañones; á las dos la plaza era evacuada y el destacamento se ha retirado. Nuestras pérdidas son relativamente poco considerables. Según declaración de un prisionero, el Emperador había llegado á Sarrebruck antes de las once.

No era combate lo de Sarrebruck, propiamente hablando, pues tres divisiones que se echan sobre un destacamento no pueden esperar que se les haga frente. Sin embargo, como el Emperador quería dar á la febril ansiedad francesa una pronta noticia de victoria, exageró el resultado hasta el punto de ridiculizar á nuestro ejército, dice un francés, y expidió el siguiente despacho: «Metz 2 de Agosto, á las cuatro y media de la tarde. Hoy, día 2 de Agosto, á las once de la mañana, las tropas francesas han tenido un serio encuentro con las tropas prusianas. Nuestro ejército ha tomado la ofensiva, pasado la frontera é invadido el territorio de Prusia. No obstante lo fuerte de la posición enemiga, algunos batallones nuestros han bastado para tomar las alturas que dominan Sarrebruck, y nuestra artillería no ha tardado en arrojar de la plaza al enemigo.

»El ímpetu de nuestras tropas ha sido tan grande, como ligeras han sido nuestras pérdidas. El combate, comenzado á las once, terminó á la una.

»El Emperador asistía á las operaciones, y el príncipe imperial, que lo acompañaba por todas partes, ha recibido en el primer campo de batalla de esta campaña el bautismo de fuego, y su presencia de ánimo, su sangre fría, en medio del peligro, han sido dignas del nombre que lleva. El Emperador ha regresado á Metz á las cuatro.»

Y el Emperador dirigió además este «Despacho privado dirigido á la Emperatriz,» que se publicó en

el *Gaulois*: «Luis acaba de recibir el bautismo de fuego; ha tenido admirable sangre fría y no se ha impresionado en modo alguno.

»Una división del general Frossard ha tomado las alturas que dominan la ribera izquierda de Sarrebruck. Los prusianos han hecho débil resistencia.

»Nosotros estábamos en primera línea; las balas y granadas caían á nuestros pies. Luis ha guardado una bala que ha caído á su lado. Hay soldados que lloraban viéndole tan sereno.

»No hemos tenido más que un oficial muerto y diez soldados heridos.—Napoleón.»

Este modo de remitir noticias, á más de ser falso, es indigno del Jefe de una nación. Las pérdidas de los franceses en el choque de Sarrebruck consistieron en sesenta y siete heridos y seis muertos, entre ellos un subteniente muy joven que cayó con la espada en la mano calzada con guante blanco, como si tuviera que asistir á una reunión ó baile.

Mas, á las ridículas exageraciones dichas para fomentar el entusiasmo dinástico, pronto respondió el cañón de Wissemburgo y las descargas de Garbah. La división de Abel Douay salió el día 2 de Haquenán; el 4 por la mañana dominaba las alturas de Wissemburgo, teniendo delante el río Lanter y á la izquierda la carretera de Landau y los bosques que se extienden hasta el Rhin. Dióse orden á los soldados de practicar un reconocimiento hasta la otra parte de las líneas de Wissemburgo. Mas no se llevó muy adelante este reconocimiento; al cabo de una hora entraba otra vez la tropa en su campamento. Este se componía de doce mil hombres, y tenía delante, cuando ni siquiera lo sospechaba, todo el ejército del príncipe real, que ascendía al número de ciento ochenta y tres mil hombres, si bien sólo había de trabar combate una parte con las fuerzas de Abel Douay. Los prusianos habían tomado posiciones el día 3, y al despuntar la aurora del siguiente comenzaron su evolución de avance, que terminó á las nueve. Al momento comenzó el fuego. Mas oigamos lo que dice un escritor acerca de esa batalla, que resume en muy pocas palabras: «Al cerrar la noche del 3 de Agosto, dice, nada sabían los franceses de la aproximación del enemigo, y en la madrugada del 4 se le ve aparecer en las alturas de Scheveningen, y no solamente se le ve aparecer, sino que todas las tropas ocupaban ya sus posiciones respectivas, teniendo las piezas puestas en batería.

»No podemos comprender cómo las avanzadas

con las patrullas destinadas durante la noche á vigilar por la seguridad del campo, no se apercibieron del rumor consiguiente á un número de soldados como el que contaba el ejército enemigo.

»Sea de ello lo que quiera, el resultado fué que aquella inesperada aparición desconcertó por el momento á los soldados franceses.

»El enemigo, con fuerzas muy superiores, comenzó el ataque inmediatamente.

»El bombardeo empezó, y los primeros proyectiles incendiaron el cuartel y otros edificios, tanto de la población como del campo. Wissemburgo, centro de esta estratégica serie de fortificaciones, conocida bajo el nombre de líneas de Wissemburgo, se veía terriblemente amenazada y hacía poderosos esfuerzos para resistir.

»Doce ó catorce mil franceses tenían frente á sí un cuerpo de ejército fuerte de sesenta á setenta mil, mandado por el príncipe Carlos.

»Ambas naciones se encontraban casi en la misma proporción que dos días habían estado en Sarrebruck. En este punto entraron en fuego treinta mil franceses para combatir á seis ó siete mil prusianos. La única diferencia que existía era que Wissemburgo es una plaza fortificada, mientras que Sarrebruck era un pueblo abierto.

»Había llegado el momento de combatir, y ruepustos de la primera impresión, los franceses ordenan sus columnas de ataque, y el general Douay, que, á pesar de su avanzada edad, esperaba obtener en esta campaña el bastón de mariscal, comprendiendo lo crítico de la situación, da las disposiciones necesarias.

»Los turcos reciben la orden de apoderarse de una batería enemiga y sobre ella se lanzan á la bayoneta.

»Pero inútil esfuerzo. Son horriblemente ametrallados y el camino que recorren lo dejan sembrado de cadáveres y de miembros palpitantes.

»Los demás regimientos intentan, aunque infructuosamente, romper aquella línea que cada vez les oprime más, sin conseguir hacer retroceder un paso más á los soldados bávaros, badeneses y wurtembergueses, de quienes se habían burlado pocos días antes.

»El combate se encarnizaba cada vez más, el enemigo iba haciendo entrar poco á poco en fuego toda su fuerza, y los franceses, que confiaban en que acudieran en su auxilio las divisiones inmediatas, veían pasar las horas sin que aquéllas llegasen.

»Para hacer más crítica su situación, una granada arrebató la existencia al general Douay,

mientras que el de brigada Montmarie queda herido de alguna gravedad.

»El ejército prusiano entonces avanza resueltamente. Los franceses hacen el último esfuerzo. El combate se hace cuerpo á cuerpo y Wissemburgo es tomada resonando el terrible «sálvese el que pueda» entre las desordenadas filas de la división Douay.

»Desde este instante da principio la mortandad en detall.

»Los franceses huyen por los bosques á buscar un refugio en Haguénau, mientras que los prusianos se apoderan del campamento en que algunas horas antes se disponían á almorzar tranquilamente los soldados del primer cuerpo francés.

»Difícil nos es asegurar las bajas que hubo en uno y otro campo, pues harlo se sabe que cada uno de los contendientes procura cuidadosamente ocultar su número.

»Mientras nuestras correspondencias nos dicen que el máximo de muertos y heridos que tuvieron los franceses se eleva á la cifra de dos mil y el de los prusianos á mil seiscientos, hemos visto telegramas de origen francés que rebajan la suma de los suyos, del mismo modo que los prusianos también fijan sus pérdidas en unos mil hombres.

»La verdad es que grandes debieron ser las de una y otra parte, teniendo en cuenta que los franceses peleaban á la desesperada y que á los prusianos les importaba mucho obtener aquella victoria, siquiera fuese sangriento su triunfo.

»Unos dos mil prisioneros entre ilesos y heridos hicieron éstos, quedando también gravemente herido uno de sus mejores generales.»

Douay tuvo que batirse con cuarenta mil hombres y cometió la imprudencia de aceptar el combate, pero cuando menos, supo morir, librándose así de la mengua de ver abierta á los prusianos la entrada de Alsacia, puesto que éstos habían ganado las líneas de Wissemburgo que la cerraban.

En Voerth ocurrió el nuevo encuentro con ambas huestes. Mac-Mahón se había trasladado el día 4 á Haguénau. Napoleón acababa de poner á su disposición el quinto cuerpo mandado por Faily. Mac-Mahón quería el día 7 de Agosto echarse bruscamente sobre los prusianos con sus dos cuerpos de ejército, no esperando ser atacado el día 6. Este día recibió Faillay en Bitche este despacho de Mac-Mahón á las dos de la tarde: «En suma, envíe V. cuanto antes una división á Philipsburgo y tenga usted las otras dispuestas á marchar». Pero á la hora en que Faily recibía esta orden, la acción, empe-

ñada desde las siete de la mañana estaba ya comprometida, ó mejor dicho, perdida ya para los franceses. Mientras que Mac-Mahón combatía sin llegarle refuerzos, los prusianos, al contrario, los recibían á cada momento por el ferrocarril. Llegábanles trenes de combatientes que, bajando de los coches eran inmediatamente puestos en línea. De pronto, sería la una próximamente, las masas del undécimo cuerpo prusiano aparecen á la derecha de los franceses y atacan con ímpetu formidable, en tanto que una lluvia de granadas lanzada con precisión matemática por una batería de sesenta piezas, aplastaba á los franceses. Conocieron éstos que la batalla estaba perdida, pero quiso su general resistirse y lanzó sus reservas al combate. Los

turcos diezmados en Wissemburgo, se precipitaron con ardiente sed de venganza. Inútil arrojo; tuvieron que replegarse en el instante en que Mac-Mahón, considerando perdida la batalla, dió orden á la división de coraceros del general Bonnemain, á los turcos que tan arduosamente acababan de batirse y al tercer regimiento de zuavos, que cubriesen la retirada, contuviesen al enemigo, le hicieran retroceder para permitir que el ejército vencido atravesara el Somer y pudiera batirse en retirada.

Pero esta fué otra espantosa derrota. El general en jefe, pálido, desesperado, habiendo hecho lo posible para no sobrevivir á su derrota, designaba entonces á sus soldados Saverna por punto de reconcentración. ¡Seis leguas de camino después



EL GENERAL KAUFFMAN

de tal jornada! Aquel ejército despedazado, parecía divagar durante la noche á través de los caminos como larvas terribles. Dejaba tras sí los heridos, los bagajes; perdía seis mil hombres que caían prisioneros, treinta y cinco cañones, seis ametralladoras, dos banderas y ocho mil hombres fuera de combate. Los prusianos, no obstante haberse batido en mejores posiciones, no bajaron de siete mil los hombres que tuvieron muertos ó heridos en la batalla de Voerth. El ejército prusiano, puesto en marcha sobre todos los puntos de la frontera francesa, tomaba por doquiera la ofensiva, y mientras que Mac-Mahón era vigorosamente atacado, mientras que Faily vacilando permanecía de Bitche á Niederbronn y Sarreguemines, esperando

inquieto, oyendo por todas partes rugir el cañón, sin correr á los sitios de combate, el segundo cuerpo, mandado por Frossard, era también atacado entre Sarrebruck y Forbach, sin que Bazaine le enviase fuerzas suficientes para librarle de una derrota. «Que gane por sí solo el bastón de capitán general», decía Bazaine hablando de Frossard.

Los generales de los cuerpos, que habrían debido llevar socorros á las tropas empeñadas en la lucha, no cumplían su deber. La división del quinto cuerpo, que Faily, á pesar de oír el fragor del cañón de la batalla, envió muy tarde á Mac-Mahón, fué á su vez atacada en las alturas de Niederbronn y llegaba al campo de la lucha para proteger apenas la retirada. Y la brigada Lapasset, por más

que haya ya dicho Faily, permanecía inútil en Sarreguemines, donde no apoyó al segundo cuerpo que batallaba en Forbach, como no le apoyó la división de Montaudon del ejército de Bazaine, que también permanecía ociosa en Sarreguemines, y que no se puso en marcha hacia Forbach hasta que por este lado se había igualmente perdido la batalla.

Después del combate de Sarrebruck el ejército prusiano del príncipe Federico Carlos se había concentrado a la orilla derecha del Sarre, a la sombra de espesos bosques que cubren aquel país, en los cuales, para orientarse los soldados que allí se emboscaban, tendieron de árbol en árbol alambres. A los franceses no se les ocurrió que allí pudiera prepararse una emboscada. Mas en la noche del 5 á 6 de Agosto, Frossard había abandonado el terreno que ocupara el 2 de Agosto. A la madrugada del 6 salió de Sarrebruck una división de caballería prusiana que avanzaba, cuando de pronto la acogió un tiroteo nutrido que provenía de las alturas de Spickerem. Es una altura casi escarpada, pero en cierto modo estaba casi envuelta, por cuanto los prusianos tenían los bosques que la rodean. La décimacuarta división prusiana toma parte en el combate, y á cada momento llegaban nuevos refuerzos con una exactitud que anonadaba á los franceses. Estos á las cuatro de la tarde eran rechazados á Forbach. Un testigo ocular refiere en los siguientes términos la batalla de Forbach desde el momento en que la décimacuarta división entró en fuego:

«Las baterías prusianas, perfectamente protegidas por la infantería resguardada por el bosque, hacían un fuego mortífero sobre las filas francesas, que trataron distintas veces de romper aquella cortina de follaje, tras de la cual se ocultaba el enemigo.

«Viendo el general Frossard lo inútil de sus tentativas, puesto que sólo conseguía con ellas sacrificar centenares de soldados, procuró por cuantos medios estuvieron á su alcance hacerlos salir del bosque.

«Para el efecto, ordenó que las baterías que se hallaban situadas junto á las fábricas que la Sociedad hullera de Styring posee á dos ó tres kilómetros de Forbach dirigieran sus proyectiles hacia el lugar en que se hallaban parapetados los enemigos.

«Estos, que se habían visto reforzados por las divisiones Bamekawy Stalpnagel, bajo el mando superior del general Goeben, salieron del bosque,

dirigiéndose hacia las indicadas fábricas con ánimo de desalojar de ellas á sus contrarios.

«Este movimiento, previsto ya por el general Frossard, no pudo realizarse por entonces porque los cazadores de Vicennes, lanzándose impetuosamente á la bayoneta sobre el enemigo, le obligaron á refugiarse en el bosque.

«Mas ¡ay! que al seguir aquel brillante cuerpo su frenética carrera, se vió detenido ante aquel muro de ramaje por la lluvia de balas que, cayendo sobre él, le diezaba de una manera horrible.

«Retrocedió, dejando sembrado el campo de cadáveres.

«A todo esto ya estaba empeñado el combate por todos lados.

«Los prusianos habían recibido nuevas columnas de refresco; su artillería había ido tomando posiciones, y esta arma, muy superior á la de los franceses y mejor colocada, causaba destrozos de consideración.

«Frossard dirigía sus miradas á todas partes esperando refuerzos; todas sus tropas estaban en fuego, no tenía reserva alguna y consideraba, lleno de cólera y desesperación, que no podía resistir á un ataque general del enemigo.

«No le quedaba más remedio que sucumbir.

«Comprendía que tenía frente á sí un enemigo más poderoso, pero á pesar de eso, sostuvo la lucha hasta donde humanamente fué posible.

«Sus batallones, lanzados una vez y otra contra el enemigo, se veían rotos y destrozados por los proyectiles de la artillería, por el fuego nutrido de su infantería, y aun cuando los cañones franceses no permanecían inactivos, no era proporcionada la lucha y lógico era que sucumbiese el menor número.

«A la mitad de la tarde, el general Steinmetz al frente de nuevas tropas, llegó al campo prusiano y tomó el mando inmediatamente.

«Un ataque general en toda la línea fué su primera disposición.

«Los batallones alemanes se dejaron ver por fin, y cargaron con valentía sobre las cansadas y debilitadas divisiones francesas.

«Mas se las habían con soldados á quienes era difícil hacerles retroceder.

«Si con valentía y arrojo atacaban los enemigos, con más arrojo si cabe, con mayor valentía los rechazaban los franceses.

«Considerables eran ya las pérdidas por ambas partes.

«El general alemán Van Franzois había caído

mortalmente herido, el coronel Renter también, y otros jefes y oficiales estaban y afuera de combate.»

Los franceses á su vez tenían también pérdidas considerables. Regimiento había que tenía muerta ó herida toda la oficialidad, y batallón que se encontraba completamente en cuadro.

Semejante situación no podía prolongarse. Los cuerpos de refresco que había traído el general Steinmetz entran en acción, y en su impetuosa acometida las diezmas divisiones de los generales L'Admirault y Bataille son arrolladas y sus respectivos campamentos quedan en poder del enemigo.

Destrozada una de las alas del cuerpo de Frossard, necesariamente el centro había de desordenarse, y posición tras posición se vieron obligadas á abandonarlas aquellos soldados que tan heroica resistencia habían hecho.

Frossard se vió obligado á emprender una retirada, que, dadas las condiciones en que se encontraba, no podía menos de ser sumamente comprometida.

Con objeto de protegerla en cuanto fuera posible, colocó su artillería en las alturas de Spickren, y haciendo un fuego incesante sobre el enemigo pudo contenerle todavía lo bastante para cubrir su retirada.

¡Qué horrible espectáculo debía ofrecer aquel campo de batalla tan accidentado y donde por espacio de algunas horas se había peleado con tanto encarnizamiento!

Los alemanes fueron picando la retaguardia de aquellos batallones destrozados, y los prisioneros hechos, tanto en el combate cuanto en la persecución, se elevaron á la cifra de tres mil.

Las bajas sufridas por el ejército prusiano fueron de unos cinco mil hombres, más bien más que menos, y las de los franceses, teniendo en cuenta su situación y la gran desventaja que llevaron en la batalla, no vacilo en fijarlas de seis á siete mil.

Sarrebruck, Forbach y todos los pueblos de aquellos alrededores, estaban llenos de heridos de uno y otro campo, pues fácil es de comprender que los vencidos no pudieron en su retirada llevarse todos los que tenían.....

Con la derrota de Voertk los franceses perdieron la Alsacia; con la de Forbach, el Mosela, y todo esto en un solo día, casi á la misma hora.

Entonces pudieron apreciarse los vicios de la administración militar francesa. Los soldados de Francia, cuyo fusil chassépot era excelente, tiraban sobrado aprisa gastando rápidamente los car-

tuchos, en tanto que los prusianos no disparaban sin haber tomado buena puntería, con lo cual economizaban municiones y hacían más bajas que sus enemigos. La artillería de los franceses era inferior, la intendencia criminal, y el estado mayor nulo. Y tanta era la confusión ó el terror, que varios batallones franceses de cazadores, cuyo uniforme obscuro les hacía parecer prusianos, fueron ametrallados cuando se acercaban á socorrer á los suyos. La retirada de Forbach no fué empero tan terrible como la de Voerth: al menos entonces los regimientos guardaban alguna semejanza de batallones y sus cuadros. Verdad es que casi todos perdieron sus equipajes, furgones y tiendas de campaña; pero no tuvo su retirada el aspecto aterrador de la otra batalla.

Mientras eso sucedía, Napoleón telegrafaba el siguiente despacho: «A. S. M. la Emperatriz.—*Saint-Cloud*.—Metz 6 de Agosto de 1870, á las tres de la tarde.—No tengo noticias de Mac-Mahon. Esta mañana los reconocimientos practicados por la parte de Sarre, no señalaban movimiento alguno del enemigo. Acabo de saber que hay combate por el punto en que está el general Frossard. Está demasiado lejos para que nosotros podamos ir. Cuando tenga noticias te las enviaré.—Napoleón.»

Las derrotas de los franceses tenían entretanto lúgubre eco en París. ¿Qué haría una ciudad de más de dos millones de habitantes pocos días antes tan exaltados con el próximo triunfo que se prometían, viendo entonces desvanecidas amargamente sus ilusiones y con descalabros que difícilmente podían ya repararse. La noticia de la derrota de Abel Douay resonó en París como el tañido fune- rario de una campana. ¡Qué asombro, qué ensueños desvanecidos para una ciudad calenturienta! Pensaron algunos explotar aquel dolor del pueblo de París, y el sábado 6 de Agosto, mientras Mac-Mahon era batido delante de Fraeschwiller, y Frossard junto al Sarre, cundió de improviso una noticia que se difundió con la velocidad del rayo.

Según ella, se había recibido un telegrama anunciando que el ejército de Mac-Mahon había atacado al ejército del príncipe de Prusia y que lo había destrozado, haciendo prisioneros al Príncipe real con veinticinco mil hombres de sus tropas. Además, Landau estaba tomado. A la nueva de esta victoria hubo como una explosión de entusiasmo. Al principio no se quería dar crédito á tamaño triunfo. Una especie de secreto presentimiento contenía á los mas confiados, mas por fin ¿cómo dudar? Se engalanaron las calles, se reco-